

Los argentinos matamos frecuentemente, de una manera salvaje y casi por nada. Eso es al menos lo que hay que creer, si confiamos en las denominadas crónicas policiales. Vemos también que la violencia eleva su rostro crispado en todas partes, sea en el tránsito o en las canchas de fútbol. Y uno mismo, en aquel acto de la Multipartidaria, vio cómo nueve policías caían a machetazos sobre un fotógrafo, mientras un robusto cabo gritaba: “¡Hay que reventarlo!”. Pero toda esta violencia se puede explicar, analizar y comprender: sepamos de qué siembra de vientos los argentinos recogemos tempestades.

LA SOCIEDAD REVENTADA

POR LUIS FRONTERA

En una madrugada de fines del último octubre, Horacio Alonso, en Caballito, mató a tiros a su padre después de una discusión casi habitual entre ellos. A esa misma hora, a pocas cuadras de allí, un hombre roció su cuerpo con kerosene, prendió fuego, y murió carbonizado en la esquina de San Juan y Boedo.

Días después, la niña Elsa Suárez, de 8 años, fue sacada de su casa en un barrio más que humilde. El raptor la violó, la mató a golpes, la metió en un bolsón, y llevó el cuerpo a un potrero, donde le prendió fuego. Ya era mediados de noviembre cuando José Olguín, enojado porque su hijastro Víctor Galván, de un año, lloraba demasiado, lo mató a patadas, en Mar del Plata. Horas más tarde, en Tucumán, para que su hijo aprendiera a no sacarle plata del pantalón, Reinaldo Castro le puso las manitas en las hornallas encendidas de la cocina.

Por esa misma fecha, en Villa Diamante, un joven conocido como “Duchi” entró a la casilla de una familia intentando violar a una mujer. Ella pudo marcharse y dejó a su hijo, Andrés Pérez, de 12 años, canillita. “Duchi” volvió a la madrugada y violó al chico: para que no se resistiera le destrozó el cráneo a botellazos.

Los chacales

La denominada crónica policial calificó abundantemente estos hechos, pero no intentó explicar ninguno. El que suscribe es cronista policial acreditado ante la Policía de la Provincia de Buenos Aires. Sin embargo, debe reconocer que jamás, en diario alguno, pudo convencer a sus jefes de que la violencia es mucho más que un hecho policial. En cuanto se insinúa que debe investigarse el caso desde el punto de vista social, económico, familiar o psicológico, no falta el jefe de redacción que alerta: “*Che, defender a los chorros y a los asesinos, no*”. Cuando uno plantea que un comunicado policial no es convincente, esa misma persona le advierte: “*No queremos problemas con la cana*”. Lo que siempre hay que demostrar es que el delincuente es una bestia, como si con eso se fuera a resolver un problema que cada día es mayor, en la Argentina y en el mundo.

¿Cómo podría ser de otra manera si las páginas policiales de los diarios, más que a periodistas, se suelen encargar a hombres de mentalidad policial o directamente a policías? Los policías, para estos “periodistas” siempre son las fuerzas del “orden”, los “efectivos de seguridad”, los “responsables de un prolijo operativo”. Esos calificativos se usan aún en los ca-

sos más discutibles... De hecho esta sección, en los diarios, no se llama “violencia”, “agresión”, “justicia”, o algo parecido. Su nombre lo dice todo: “Policía”.

Por eso, cualquier episodio rebasa a torrentes la denominada crónica policial, que sólo insulta al homicida. En el caso del canillita destrozado por el “Duchi”, por ejemplo, ninguna crónica apuntó estos hechos: 1) “**Duchi**”, guapo y macho de la villa, terminó consumando un acto homosexual contra un chico. 2) Un amigo de la madre del canillita dijo: “*Cuando Duchi salga, si sale, yo lo voy a matar*”. 3) Nadie recurrió a la Policía cuando “Duchi” quiso violar a la madre del canillita ni lo hace cuando hay pendencias o botellazos. ¿Por qué? 4) En la familia del muerto el único que tenía trabajo fijo era el canillita, de doce años de edad. 5) Con el “Duchi” fue detenido un presunto cómplice, que salió en libertad a las pocas horas, probada su inocencia: hay denuncias de que este individuo se paseaba por la villa con la zapatilla ensangrentada de la víctima, buscando provocar a sus hermanos. 6) La madre dejó al canillita en la casa porque el pibe tenía que levantarse a las cinco de la mañana para ir a trabajar y “parar la olla”. Y hay mucho más.

La miseria

A un ser humano se lo puede convertir en algo terrible. Alcanza con hambrearlo, presionarlo con la incertidumbre del futuro, no darle trabajo, venderle vino. Hacerlo vivir en un lugar en donde 100 gramos de fiambre o un litro de vino equivalgan a un triunfo sobre la muerte. Conseguir el “peck order” de los corrales: las aves se destrozan primero por el maíz y después porque sí. El resultado—tal vez no una bestia, pero tampoco un hombre—es el enfermo social, el dueño de la “sociopatía”: subalimentado, perezoso, compadrito, taimado, agresivo, explotado, resentido, partidario de la violencia ante la primera provocación o problema.

Al respecto hay un ejemplo sucedido en otra nación del Tercer Mundo. Un día, en tiempos de la ocupación francesa, los psiquiatras argelinos descubrieron que el suyo era un pueblo de asesinos. Para estudiar el problema viajó a América el doctor Carothers, de la Organización Mundial de la Salud. Y llegó a una triste conclusión: “*Este es un pueblo de brutos criminales. Les falta desarrollo cerebral*”. La tesis continuaba más o menos así: un melancólico occidental, cristiano y culto, cuando se deprime profundamente mira hacia adentro de sí mismo y corre el riesgo de suicidarse. Un melancólico del Tercer Mundo, bruto,

cuando se deprime mira hacia adentro y como no encuentra nada en su alma chata, tiene que salirse de adentro y matar a otro. Carothers propuso, entonces, eliminar las rebeliones anticoloniales de los indios mau-mau con operaciones cerebrales que los dejaran tarados o con terapias de "readaptación social". Los médicos argelinos, en sus universidades, aprendieron que el suyo era un pueblo de criminales.

Pero en 1954, cuando el conjunto del pueblo argelino se define contra el colonialismo francés que lo agobia, cuando el argelino entiende que le pegaba a su hermano y lo mataba para evitar enfrentar al verdadero y poderoso enemigo, casi desaparecen los delitos comunes en Argelia. Todo argelino identifica entonces la causa de sus problemas más graves: el colonialismo francés.

La "antiviolenencia"

La violencia ofrece otro costado interesante: prohibida como delito, es rebautizada, legitimada y hasta aclamada como sanción. El carcamán que se molesta por el pelo largo de un adolescente, en un momento de nervios pide que lo rapen y en un ataque de histeria exige que le corten la cabeza entera. Al niño, a cachetadas, se le enseña que no debe ser violento.

Y llegamos a la puerta de otro problema acuciante para los argentinos: la violencia en las reuniones públicas. Algunos ejemplos pueden servirnos para ver que nunca el disturbio es solamente el disturbio.

En junio de 1969, El Salvador le gana un partido de fútbol a Honduras, por 3 a 2, en el Estadio Azteca de México, luego de otros dos partidos donde se golpearon jugadores, hinchas y policías. Apenas finalizado el último encuentro, el presidente de Honduras, Sánchez Hernández, con uniforme de coronel, dirigió las operaciones de bombardeos contra El Salvador. Tropas salvadoreñas entraron en Honduras. Resultado del partido: 3 mil muertos. ¿Hay maneras de prevenir el disturbio generalizado, la agresión totalizadora? Hay por lo menos un síntoma claro de la vecindad de la violencia social, que los especialistas denominan "**polarización**". Se llega a la polarización cuando toda una comunidad se define o es compelida a definirse por algo o contra algo. En la polarización no se busca la armonía, que significa la unidad de los contrarios, sino la totalidad, que consiste en aplastar las diferencias.

En este tipo de disturbios, los representantes de la "antiviolenencia" (fuerzas de seguridad, policía, guardia de seguridad, etc.) pierden la calma y suponen que detrás de cualquier violencia espontánea del otro sector hay toda una organización.

Concretamente: deducen la supuesta -capacidad orgánica de los demás partiendo de la que tienen ellos mismos. Empiezan a justificar el terreno para el gran estallido.

El filósofo Friedrich Hacker, norteamericano, especialista en temas de violencia, escribe en "AGRESION" (Grijalbo, pág. 401): "*Los participantes en alborotos y disturbios no son ni criminales ni psicópatas ni solamente infiltrados o idiotas útiles. Sobre todas las cosas son una muestra significativa de la comunidad en que viven. Las fuerzas de la antiviolenencia, ante ellos, suponen que toda persona que no lleve un uniforme igual que el de ellos es un enemigo. Todos los presentes en la zona del disturbio, participantes, espectadores o representantes de la prensa, o transeúntes, se convierten en agitadores peligrosos. Si se llega a un roce (o una fractura de cráneo o una muerte) se hará pensar que el tipo se lo mereció por estúpido*".

Una muerte anunciada

En realidad, ante la insignificancia que desencadenó ciertos crímenes, el ciudadano tiene derecho a suponer que todo un grupo social le oculta los verdaderos motivos de una muerte. Algo parecido se siente ante la muerte del obrero Dalmiro Flores, asesinado a balazos en Plaza de Mayo.

Primero había sufrido un accidente de trabajo en el que perdió la falange de un dedo de la mano. Después, en otro accidente, la explosión de una caldera lo dejó sordo. Tampoco tuvo dinero para estudiar electricidad como hubiera querido y fue rechazado de la policía por ineptitud física.

Todas las violencias se enfilan contra un hombre. Y eso no es una casualidad, es casi una conspiración social, prolija y diagramada.

Podría pensarse que la Argentina se encuentra "polarizada" como para un estallido que no beneficiará a nadie. Tan polarizada que -otro símbolo- hace poco, en la Ciudad Deportiva de Boca Juniors, los bañistas "indignados" por un súbito temporal que los empujó hacia los vestuarios, reaccionaron con el difundido grito de "Se va a acabar, la dictadura militar".

La polarización es el síntoma inmediato de la batalla.

Si estamos de acuerdo en eso, habría que recordar que la calma es también un deber cívico, especialmente para los que están armados. De lo contrario, tal vez no vivamos para contarlo.

Muchos auguran que el país terminará en un gran cataclismo. De seguir así, terminará con un pequeño gemido.

Estos apuntes acerca de la violencia permiten reflexionar sobre antes y después de 1976, sobre antes y después de 1983. Con su habitual rigor, Frontera recorre el tema y deja abiertos planteos acerca de una realidad que, lejos de amainar, se profundizó con los años.

Nº 99, febrero de 1983,
págs. 39 y 40.